

y, además, es una serie distinta de sensaciones, imágenes, ideas, voliciones, junto con las tendencias por las cuales se efectúa. Análogamente, esta piedra es en primer lugar la posibilidad permanente de las sensaciones visuales, táctiles, etcétera, que yo experimento acerca de ella, y, además, es un grupo distinto de tendencias al movimiento y de movimientos distintos en vías de realización.

Sin duda, no conocemos los seres animados ó inanimados más que por las sensaciones que nos dan. Sin duda también, todos los materiales con que construimos en nosotros su idea son nuestras sensaciones ó productos más ó menos elaborados de ellas. Pero podemos con pruebas de valor, referir fuera de nosotros algunos de esos materiales más ó menos transformados y reducidos, y atribuirles fuera de nosotros una existencia distinta análoga á la que en nosotros tienen. Nos vemos naturalmente inclinados á esta operación por imaginación y por simpatía. A la vista de un cohete que se lanza, como á la de un pájaro que toma vuelo, nos ponemos involuntariamente en el lugar del objeto; repetimos mentalmente su impulso, le imitamos por nuestra actitud y nuestros gestos. Los pueblos niños en quienes esta actitud está intacta, la siguen mucho más lejos que nosotros. El hombre primitivo, el ario, el griego, impregnaba de su alma las fuentes, los ríos, las montañas, las nubes, el aire, todos los aspectos del cielo y del día; veía en los seres inanimados seres vivos semejantes á él. Poco á poco, á fuerza de experimentos y de comprobaciones, hemos restringido este transporte demasiado completo de nosotros al exterior. Hoy día lo hemos reducido á un minimum;

hemos suprimido hasta los últimos vestigios del error primitivo; no creemos que haya en los cuerpos brutos atracciones, repulsiones, esfuerzos cortados por el patrón de los estados morales que nos designamos con esas palabras; cuando hablamos así sabemos que es aproximadamente y por metáfora. Si atribuimos á los cuerpos el movimiento, es después de haber despojado á sus elementos de toda cualidad humana, después de haberles quitado todos los caracteres por los cuales eran primeramente sensaciones, teniendo cuidado de no dejarles más que su orden relativo, su posición con respecto al momento inicial, y al momento final, su sucesión más ó menos rápida en el mismo intervalo de tiempo. En este estado de atenuación y de aminoración suprema, la serie continua de los accidentes sucesivos que constituyen el movimiento de una piedra transportada por nuestra mano, no es más que un extracto muy tenue, lo más tenue posible, de esa serie continua de sensaciones musculares sucesivas que constituye desde luego para nosotros el movimiento de nuestra mano. Pero podemos en derecho atribuir esa serie á la piedra, y en ese sentido, es para nosotros un ser tan real, tan distinto de nosotros, como un hombre ó un caballo (1).

(1) Por esta adición á la teoría de Bain y de Stuart Mill, restituimos al cuerpo una existencia efectiva independiente de nuestras sensaciones. Pero la teoría, ayudada por esta adición nos conduce mucho más lejos y nos permite completar los puntos de vista que hemos presentado sobre las relaciones entre lo físico y lo moral (Véase 1.^a parte, libro IV, cap. II, § IV y V.)

Del análisis del movimiento se sigue que no es absolutamente heterogéneo con la sensación; porque la idea que tenemos de él está formada con materiales aportados por

VIII. Conocemos ahora los materiales cuyo conjunto forma el concepto de un cuerpo. Todos estos materiales son imágenes de sensaciones posibles en ciertas condiciones, y necesarias en las mismas condiciones, mas una complementaria. Cuando nada contradice el concepto así formado y en lugar de ser reprimido y negado es provocado y suscitado por la sensación actual, el concepto es afirmativo y se convierte en juicio. Por tanto, se ve ahora el papel que desempeña en una percepción exterior. Pongo la mano en la oscuri-

nuestras sensaciones musculares de locomoción. En la serie de las sensaciones musculares sucesivas que componen una sensación total de locomoción, separad las sensaciones componentes de toda cualidad y de toda diferencia intrínsecas; consideradlas abstractamente, como puros accidentes sucesivos, determinados solo por su orden relativo en la serie y por el tiempo total que emplean en sucederse en este orden desde el momento inicial hasta el momento final; esta serie abstracta es la que constituye para nosotros el movimiento de nuestro brazo y que atribuimos por inducción y analogía á la piedra que nuestra mano lleva consigo.—Ahora bien, los elementos de esta serie abstracta, conducidos de este modo al máximo de sencillez posible pueden considerarse como sensaciones *elementales* en el máximo de sencillez posible. En cuyo caso, el movimiento más sencillo, tal como el que atribuimos á un punto móvil, sería precisamente la serie más sencilla de esos sucesos morales elementales cuyas formas degradadas hemos visto prolongarse, degradándose más todavía en los sucesos morales compuestos, sensaciones é imágenes, de las cuales tenemos conciencia. Las sensaciones y las imágenes no serían entonces más que casos más complicados del movimiento.—Por esta reducción los dos idiomas, el de la conciencia y el de los sentidos, en los cuales leemos el gran libro de la naturaleza, se reducirían á uno solo; el texto mutilado y la traducción interlineal mutilada, que se suplen mutuamente serían una misma y única lengua escrita en caracteres diferentes, en el pretendido texto

dad sobre esta mesa de mármol y tengo una sensación actual de contacto, de resistencia y de frío. Con motivo de esta sensación, surgen las imágenes de varias sensaciones distintas y unidas entre sí, la de las sensaciones exactamente semejantes de contacto, de resistencia y de frío que experimentaríamos si repitiese la misma prueba, la de las sensaciones casi semejantes de contacto, de resistencia y de frío, que yo experimentaríamos si pusiese la mano más allá del sitio tocado, la de las sensaciones musculares de locomoción durante

con caracteres más complicados, en la pretendida traducción con caracteres más sencillos, y el lazo que une la traducción y el texto estaría dado por la relación descubierta entre nuestra idea del movimiento y la sensación muscular de locomoción que aporta á esta idea sus elementos.—Admitido esto, se podría abrazar la naturaleza en una mirada de conjunto. Las series simultáneas de accidentes sucesivos que la componen serían todas homogéneas. El ejemplar nos sería proporcionado por la sensación tal como la observamos en nosotros y por las sensaciones elementales cada vez más degradadas y sencillas que componen esa sensación total. En el *límite* extremo de la sencillez todas se reducirían á movimientos, los cuales no serían á su vez más que series continuas de sensaciones infinitesimales, despojadas de toda cualidad y solo definibles desde el punto de vista de la cantidad, es decir, por la duración empleada en su consumación y por el tamaño del efecto consecutivo. En este sentido, todos los hechos ó accidentes de la naturaleza podrían reducirse á movimientos, y nuestras ciencias, todas las cuales tienen por objeto el discernimiento de los elementos simples, podrían todas, como en efecto tienden á ello, reducirse á la mecánica. Pero esto no sería más que el punto de vista analítico; en sí, el movimiento no sería concebible más que por las series de sensaciones musculares de las cuales es la esencia más tenue, y directamente el tipo de la existencia sería el acto mental, sensación ó imagen, tal como la conciencia lo observa en nosotros.

las cuales me serían dadas estas sensaciones táctiles, la de las sensaciones de color y de forma visuales que nacerían en mí si hubiese luz y si mis ojos estuviesen abiertos, etc. Yo creo, además, que, poniéndome en las condiciones requeridas, no solo en un momento cualquiera del porvenir experimentarías las sensaciones indicadas, sino que además en un momento cualquiera del pasado las habrías experimentado y que lo mismo ocurriría en todos los momentos del presente, del porvenir y del pasado, con cualquier otro ser análogo á mí.

En este grupo de imágenes evocado por la sensación hay que distinguir dos cosas, las imágenes mismas y la reflexión, por la cual yo observo la posibilidad permanente, en todo tiempo y en todo ser sensible, de las sensaciones que representan. La primera de estas dos cosas es animal, la segunda humana.—En efecto, basta la experiencia animal para unir á la sensación el grupo de imágenes; se han visto ya las leyes de reviviscencia y de asociación que lo forman y lo despiertan. Cuando un perro toca la mesa, todas las imágenes que se han enumerado surgen en él como en nosotros; por tanto, puede prever como nosotros que si se arroja contra la mesa se hará daño; que si se acuesta encima, tendrá frío, que si abre los ojos para verla, tendrá cierta sensación visual. Esto le basta para evitar el peligro, proveer á sus necesidades, dirigir sus pasos. Si vé, olfatea ó toca un pedazo de carne, tiene por reviviscencia y asociación la imagen de una sensación de sabor agradable, y esta imagen le impulsa á atrapar el pedazo. Cuando ve un palo levantado ú oye un látigo que silba, tiene, por reviviscencia y asocia-

ción, la imagen de una sensación dolorosa de contacto, y esta imagen le hace huir. Nada más hay en él; no tiene lenguaje, le falta el medio de discernir y de aislar los caracteres de su imagen.—Nosotros tenemos este medio y nos servimos de él. El niño aprende las palabras *mesa, palo, carne, piedra, arbol*, y las demás; poco á poco, equivalen para él al grupo de imágenes animales, que formaba al principio toda su percepción. Se sirve de ellas sin interrupción; al llegar á adulto, busca su sentido y las adapta. El hombre observa entonces que la sensación cuya imagen tiene era posible inmediatamente antes, esta mañana, ayer, que será posible enseguida, esta tarde, mañana, en cualquier momento, no sólo para él, sino para todo ser análogo á él. Nota esta posibilidad, la separa de las sensaciones en que va incluida, le chocan su independencia y su permanencia tan singulares en medio de la desaparición continua y de la dependencia tan visible de las sensaciones. La designa con las palabras propiedad, poder, fuerza. Solo le parece digno de atención lo que es independiente y permanente y en adelante, para poblar la escena del ser, pone en primer término esta posibilidad y las demás semejantes.—De rechazo, aparta, ó dá de lado como poco importantes, á las sensaciones fugitivas; á fuerza de omitirlas olvida que las propiedades, los poderes y las fuerzas, no son más que un extracto de aquéllas. Trata de considerar aparte y en sí ese algo independiente y permanente que no ha aislado sino por un olvido. Crea de este modo la sustancia vacía; sobre esta entidad, la metafísica trabaja y construye sus castillos de naipes; para hacerlos caer, nunca es demasiado el análi-

sis más riguroso.—Queda entonces por constituir la percepción de un cuerpo, primero una sensación actual, y un grupo asociado de imágenes; después el concepto, es decir, el extracto y la notación, por medio de un signo, de un carácter común á todas las sensaciones representadas por estas imágenes, carácter permanente que, interpretado por la ilusión metafísica, se aísla y parece un ser aparte. Sensaciones é imágenes, tales son los materiales brutos y primitivos; la abstracción gradual y añadida termina el edificio.—He aquí el primer fondo del simulacro alucinatorio que surge en nosotros cuando, fundándonos en una sensación, concebimos y afirmamos una sustancia extensa, resistente, móvil, situada y dotada de otras propiedades sensibles. Falta describir la operación que la acaba y la opone á nosotros mismos, proyectándola en el más allá y situándola en el exterior.

CAPITULO II

LA PERCEPCIÓN EXTERNA Y LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIDOS

I. Nosotros asignamos una localización á nuestras sensaciones.—Esta operación es distinta de la sensación y exige cierto intervalo de tiempo para llevarse á cabo.—Experimentos de los fisiólogos.

II. Las sensaciones de tacto no están situadas en el lugar en que las colocamos.—Lo que se produce en ese lugar es, en estado normal, una conmoción nerviosa que es uno de sus precedentes.—Ilusión de los amputados.—Observaciones y experimentos de Mueller.—Enfermedades y compresiones de los troncos nerviosos.—Sensaciones localizadas en falso por los paralíticos insensibles.—Sensaciones localizadas en falso después de las operaciones de autoplastia. Experimentos y observaciones de Weber.—Ley que rige la localización.—Nosotros situamos nuestra sensación en el lugar en que tenemos costumbre de encontrar su condición ó causa ordinaria.

III. Consecuencias.—Nosotros situamos nuestras sensaciones de sonido y de color fuera del recinto de nuestro cuerpo.—Ejemplos.—Enagenación de nuestras sensaciones de color.—Nos parecen propiedad del cuerpo coloreado.—Mecanismo de esta enagenación.—Prueba de que el color no es más que una sensación provocada por un estado de la retina.—Colores subjetivos. Sensación subjetiva de los colores complementarios.—Figuras luminosas que suscita la compresión del ojo.—Sensación de